

Caen desde alturas inconcebibles

They Fall from Inconceivable Heights

FELIX DE AZUA

De la revista *Ajoblanco*, 31, marzo 1991. Esta revista barcelonesa pidió al autor una opinión acerca de los rasgos fin-de-siglo y publicó el artículo, apareciendo éste reseñado en portada con el subtítulo "Todos obedecemos órdenes". Félix de Azúa, cuyo último libro *La Venecia de Casanova* fue publicado en 1990 por Planeta, es profesor de Estética en la Escuela de Arquitectura de Barcelona y autor del ensayo "El artista de la modernidad", recientemente publicado en la revista *Archipiélago*, 6, que a su vez es parte del libro *Baudelaire y el artista de la vida moderna*, de próxima aparición en Editorial Pamiela.

From Ajoblanco, 31, march 1991. This Barcelona based magazine asked the author for an opinion on the characteristics of the end-of-the-century and then published the article announcing it on the cover under the sub-title "We all obey orders". Félix de Azúa, whose last book La Venecia de Casanova was published in 1990 by Planeta, is Professor of Aesthetics at the School of Architecture of Barcelona and the author of the essay "El artista de la modernidad" The artist of modernity, recently published in Archipiélago, núm. 6, which is part of the book Baudelaire y el artista de la vida moderna (Baudelaire and the artist of modern life), Editorial Pamiela. Translated by Deborah Gorman.

¿Por qué no comenzar con sencillez, exponiendo un minúsculo problema? Es minúsculo, pero tropiezo con él cada tres meses, año tras año, y pronto serán diez. Yo soy parte de ese problema, no lo oculto.

Ejerzo una profesión desdichada —no más desdichada que otras, no más desdichada que la de funcionario de prisiones, por ejemplo—, soy profesor. Mi tarea tiene lugar en una escuela técnica en la que los alumnos se preparan para un oficio asombroso, aprenden a construir nuestra habitación del mundo. Mis alumnos, una vez concluida la carrera y debidamente documentados, se encargan de dar forma precisa a nuestro modo de vivir en el mundo. Ellos suelen reflexionar rara vez sobre la desmesura de su función, no suelen ser conscientes de la soberbia que implica su tarea. Ellos no pueden pensar seriamente su función porque se quedarían paralizados y el Estado no quiere meditadores sino actores. Con la carrera concluida y un título expedido por la Administración del Estado, mis alumnos ponen todas sus energías en la construcción de nuestros habitáculos terrestres.

Levantamos muros de ladrillo, o muros de vidrio,

o muros de cemento, o muros de plástico, cubren con teja, con pizarra, con metales ultraligeros: levantan y perforan sólidos geométricos gigantescos con escaleras, ascensores, ventanas, puertas por las que miraremos el mundo y saldremos al mundo. Nos hacen habitar con o sin chimenea, con o sin bidet, con o sin pasillos. La ciudad crece por composición de lo que ellos construyen y en esa ciudad yacemos encerrados viviendo nuestra experiencia de un modo limpiamente determinado por lo que ellos han sido capaces de imaginar. Ellos han imaginado un modo de vivir en este mundo, lo han construido, y nosotros nos sometemos a él, sea con docilidad, sea con la muerte en el alma. El constructo luego se comenta.

EL párrafo anterior parecerá excesivo a muchos lectores. "No es cierto —dirán— que la habitación del mundo sea la obra de los ingenieros, de los arquitectos y de los urbanistas, ellos sólo son obedientes ejecutores del encargo caído desde otra jerarquía más alta". Y siguen diciendo "Los ingenieros y los arquitectos y los urbanistas no hacen la habitación del mundo, sino que se limitan a ganar dinero, es decir, a poner en práctica las ideas de los clientes del mejor modo posible. Son los clientes quienes deciden que el mundo habitado tenga esta forma y sólo esta. Quienes así piensan, trasladan la responsabilidad a un escalón superior y anónimo al que suele denominarse "el Mercado". Desde esa visión superior, una fuerza abstracta de rasgos teológicos da forma al mundo habitado. El poder del dinero, en sí mismo, da forma al mundo tal y como lo conocemos, con una implacable ausencia de espíritu, ya que el dinero carece de juicio.

Resulta, desde luego, consolador proyectar la responsabilidad y lanzarla hacia el firmamento, de manera que sea Dios —pues no puede pensarse el Mercado más que como una secularización de la Providencia— el responsable verdadero de la construcción del mundo. Pues de ser así, ¿cómo vamos a exigir pensamiento a los técnicos, a los constructores, si ellos son meros títeres movidos por la fatalidad de la sinrazón divina? En la humildad, en la modestia de este extendido juicio, se oculta, una vez más, la satánica soberbia de los irresponsables. El Dios ignoto y absurdo encarna en unos súbditos inocentes que se

limitan a cumplir órdenes del Mercado. No fue otra la excusa legal que disculpó a los funcionarios nazis en Nüremberg: ellos únicamente cumplían órdenes de una deidad intermedia, aunque no menos criminal.

Si debiéramos aislar un solo rasgo de nuestro fin de siglo, como aquí se nos pide, este rasgo sería, a mi entender, la convicción mundial y masiva de que todos "obedecemos órdenes". Nadie es responsable de sus actos, ni de sí mismo, todos estamos "a las órdenes", todos obedecemos piramidalmente sin que sea posible localizar la fuente de donde las órdenes emanan. Así ha sido, seguramente, en todos los tiempos pasados, pero en el nuestro tiene un componente nuevo: es una obediencia sin autoridad. El sistema de terror blando, de total irresponsabilidad, de crimen sistemático sin autor, el sistema que fue puesto a prueba por Hitler y Stalin, sólo en nuestros días ha logrado su establecimiento sólido y planetario. Vivimos, por tanto, en un agradable nazismo simpático. La sociedad del crimen sonriente e irresponsable.

La irresponsabilidad totalitaria abarca de lo mínimo a lo máximo. Sabemos demasiado bien, y a ello nos resignamos, que los cirujanos matan, los fontaneros estropean, los motociclistas van borrachos, los periodistas mienten, los maestros embaucamos, las empresas de alimentación envenenan, los policías delinquen, y así hasta recorrer la totalidad del circuito profesional, sin que nadie pueda pedir responsabilidades, porque aquel que exigiera responsabilidad sería, de inmediato, sometido a examen de responsabilidad, y nadie quiere ser responsable. Sólo denuncian, y mucho, claro está, los responsables de la denuncia, los abogados y fiscales, pero para exculpar a los culpables. Y nadie se toma venganza porque sabe que está tratando con irresponsables. La estrategia es, por lo tanto, evitar el daño de los profesionales, sorteándolos como en una carrera de obstáculos, pues lo peor que puede suceder es acabar en la llamada "administración de justicia", aparato diseñado para repartir del modo más irresponsable los castigos y los premios a quienes menos se merecen lo uno y lo otro.

También lo grande es irresponsable. Los Gobiernos no toman decisiones, obedecen las órdenes de los organismos supranacionales. No hay ningún Estado soberano que no

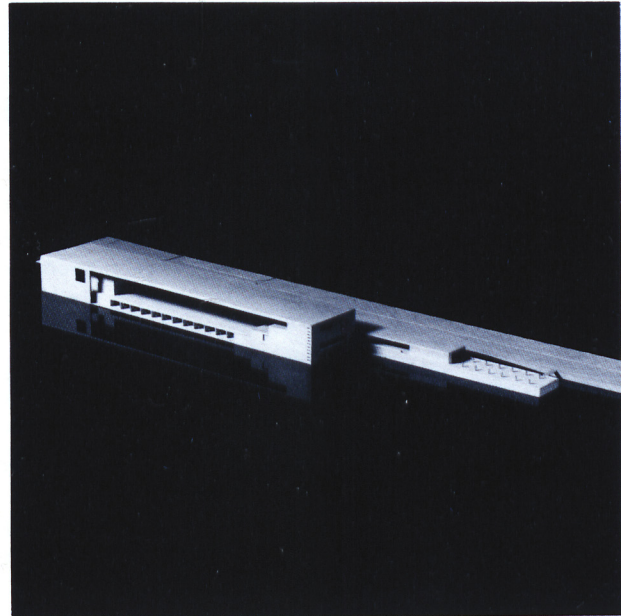
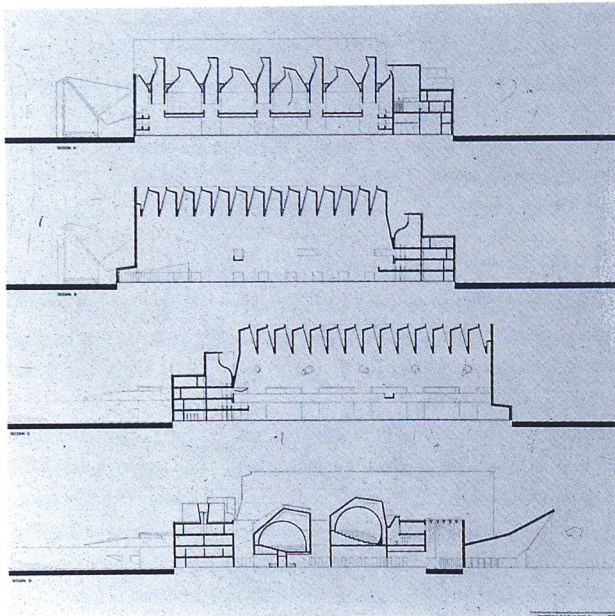
predique la resignación; las medidas políticas son siempre "inevitables", es decir, enviadas por la Providencia y acatadas. El pensamiento ingenuo sigue señalando con el dedo a la potencia simbólico-espectacular del momento (los EE.UU. para Occidente, el Japón para Oriente, Suráfrica para el Sur, todavía la URS para el Norte, Israel para el Medio), pero estas potencias son tan espantosamente débiles que a duras penas si pueden invadir islas del tamaño de Granada o territorios comerciales como Panamá, son invasiones que podría financiar y llevar a cabo con menos muertes y gastos una empresa del tamaño medio como la Nestlé. El breve e ineficaz bombardeo de Libia demostró que la potencia de los EE.UU. es meramente simbólica, lo justo para asustar a un coronel de opereta que habría sido ahora caco en Trafalgar Square hace cincuenta años, cuando todavía las potencias podían algo. Pero incluso el gobierno de las potencias "obedece órdenes superiores", las del mercado, las de la opinión pública, las de la situación

internacional, todos, una vez más, hombres de la Providencia sin contenido determinable. El esfuerzo económico inmenso que esta costando la guerra de Irak es supremamente iluminador del mundo entero, ataca a un país subdesarrollado. ¿Acaso hemos olvidado lo que duró la invasión de Europa por el Reich, hace menos de cincuenta años? ¿Son comparables las potencias?

La irresponsabilidad totalizante, como efecto del nazismo simpático, exige no sólo una fuente teológica de órdenes sino también la destrucción de todo saber. El nazismo simpático destruye sistemáticamente el saber, sustituyéndolo progresivamente por su imitación degenerada, la llamada "información". Para poseer muchísima información es preciso no saber absolutamente nada. Las personas informadas son, por esencia, ignorantes. Los mecanismos de información son, por esencia, ignorantes. Los medios de información son, por esencia, ignorantes. Como tantas veces ha repetido García Calvo, los medios de informa-

ción son medios de formación de masas y poseen la única eficacia en un mundo ineficaz. Una vez más la guerra de Irak es un ejemplo privilegiado, los discursos de la propaganda militar eran, hace cincuenta años, del orden patriótico-demente, en la actualidad son deportivos y estéticos.

La chusma, es decir, la masa con fuerte poder económico, vive ignorante, en el ámbito del nazismo simpático. El mundo habitado como domesticidad de la chusma nazi sonriente es el nuestro, pues difícil será que lean estas páginas los excluidos de la barbarie de los ricos. Mundo de los irresponsables a quienes sólo se les exige adhesión al Régimen. La chusma nazi ha de agradecer la publicidad que tritura el pensamiento, ha de entretenerse con el espectáculo de la criminalidad, ha de excitarse con la pornografía nivelada, ha de gastar el dinero en armamento (deportivo, automovilístico, de indumentaria, de inmobiliaria) y ha de mantener una constante festividad imbecil. Ha de fomentar con su adhesión



Del catálogo *Pabellón de España Expo 92*, C.O.A.M., Madrid, marzo 1991, publicado con motivo de la exposición, que tuvo lugar en la Sala Carlos de Miguel del citado Colegio de Arquitectos, de las propuestas del concurso. El concurso fue fallado el 1 de diciembre de 1989 sin que ninguna de estas dos propuestas resultaran premiadas. Cruz y Ortiz trabajan en Sevilla, donde además imparten clases en la Escuela de Arquitectura. Han sido profesores invitados de la ETH de Zurich y su obra más reciente es la nueva Estación de Santa Justa en Sevilla. Martínez-Lapeña y Torres tienen su estudio en Barcelona y su obra más reciente es el Hospital en Mora del Ebro, Tarragona. Elías Torres es Profesor de Arquitectura del Paisaje en la Escuela de Barcelona y ha sido profesor invitado en la Universidad de Harvard. José A. Martínez Lapeña es Profesor de Proyectos en la Escuela de Sabadell.

From the catalogue of the Pabellón de España Expo 92 The Spanish Pavilion of Expo 92, C.O.A.M., Madrid, March 1991, published for the exhibition, based on the proposals presented for the competition, which was held in the Carlos de Miguel Hall of the headquarters of the afore-mentioned Board, C.O.A.M. The competition was decided on December 1, 1989 and neither of these two proposals received the award. Cruz and Ortiz work in Seville where they also give classes at the School of Architecture. They were Visiting Professors at ETH of Zurich and their most recent work is the new Santa Justa Station in Seville. Martínez Lapeña and Torres have their office in Barcelona and their most recent work is the Hospital of Mora del Ebro, Tarragona. Elías Torres is Professor of landscape Architecture in the School of Barcelona and has been Visiting Professor at Harvard University. J. A. Martínez Lapeña is Design Professor at the School of Sabadell, Barcelona.

la actividad de las instituciones sonriente-mente totalitarias (bancos, industrias, comercios, espectáculos de masas), ha de rechazar religiosamente lo que implica tibieza con respecto al Régimen (asumir responsabilidades personales, emprender esfuerzos intelectuales, ejercer la imparcialidad de juicio, atacar al aparato industrial, financiero o espectacular, etc.). Si la adhesión de la chusma rica es suficientemente contundente, su riqueza será garantizada por el Estado. Riqueza quiere decir: posesión del numerario imprescindible para sobrevivir a las órdenes de compra dictadas por el Mercado.

Hora es ya de regresar al minúsculo problema con el que iniciaba este modesto resumen del estado de cosas que se me ha pedido. Yo doy mis clases en una escuela técnica. La capacidad intelectual de mis alumnos no es distinta —ni mayor ni menor— que la de tantos cientos de miles de estudiantes aparcados durante decenios en otras escuelas y facultades universitarias de con formación. Pero mis alumnos no saben escribir. Adornan los exámenes con una ortografía delirante. Y la respiración del razonamiento es agónica. Ellos lo ignoran, pero sus exámenes se encuentran en el estado mental de la segunda infancia, antes de que el bachillerato destruyera su espontaneidad. He comprobado con algunos colegas de las fuerzas educacionales que así están las cosas en todas y cada una de las facultades y escuelas de con formación. No hay apenas diferencia con los ejercicios que realizan algunos grupos vigilados, bajo tutoría, como los gitanos, los moros, la pequeña delincuencia de arrabal, etc.

Mis alumnos son similares a todos los alumnos del estado de cosas. Todos los alumnos quiere decir la juventud. La juventud es sinónimo de: el poder de mañana. El poder de mañana, la acción sobre el mundo de mañana es sólida y festivamente primitiva. Carece de saber y de capacidad razonante. Su edad mental es muy reducida, pero su edad moral se hunde en el pantano asfixiante de los conventos de clausura, allí donde ancianas monjas sexagenarias, sometidas a una alucinación venturosa, ejercen de Niño Jesús en asexuada simbiosis con una Madre paralizante. El Niño Jesús es la ilusión del joven profesional al borde del matrimonio y su chifladura sentimental, la Madre paralizante es el cliente caído como un huevo loco

Piezas para una colección 1990

Pieces for a Collection 1990

A.C.B.

Del *Anuario de El País*, 1991, publicado en la sección "Arte/Arquitectura". Este texto, junto con otro titulado "Arquitelegrama", apareció formando parte del artículo de Alberto Campo Baeza "Las telas de Tita". Campo Baeza es Catedrático de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, ciudad en la que desarrolla su práctica profesional, y ha sido profesor invitado en la ETH de Zurich. Es además corresponsal de la revista japonesa *A+U* y su obra más reciente es la Casa Turégano, Madrid.

From the Anuario Yearbook of El País, 1991, published in the section "Art/Architecture", This text, together with another entitled "Arquitelegrama", appeared as part of the article by Alberto Campo Baeza, "Las telas de tita" [Tita's fabrics]. Campo Baeza is a Professor of Design at the School of Architecture of Madrid, a city in which he has set up his professional practice. He has been a Visiting Professor at the ETH of Zurich and is also correspondent for the Japanese magazine A+U. His most recent work has been the Casa Turégano, Madrid.

Los afamados críticos William Buchanan y Peter Curtis elaboraron dos listas de obras y proyectos. Una de las maravillas y otra, más corta, de horrores. Una avería en el ordenador mezcló las buenas con las malas, y a la hora de cerrar esta edición ha sido imposible separarlas. Se ha decidido su sugerente publicación conjunta.

Nueva casa del arquitecto en Palma de Mallorca (Utzon). Nuevo edificio IBM en Madrid (Gayarre). CAM de Canarias (Oiza). Imparables Torres de KIO en Madrid (Johnson-Burgee). Hotel en Sevilla (Carvajal). Centro Social de Hostalets en Barcelona (Miralles-Pinós). Ampliación del Senado en Madrid (Gayarre-Ramos-García-Vereda). Banco de España en Gerona (Clotet-Paricio). Kursaal de San Sebastián (Moneo). Embajada de España en París (Sota). Alcatel de Barcelona (Bernat-Canals). Viviendas Viaducto de Madrid (Cabrero-Riaño). Fundación Miró en Palma de Mallorca (Moneo). Pabellón Comunidad de Madrid en Sevilla (Solans-Briaies-Del Amo). Palacio de Sports en Barcelona (Isozaki). Puente Nueve de Octubre en Valencia (Calatrava). Proyecto para Siena (Martorell Bohigas-Mackay). Torre Picasso en Madrid (Yamasaki-Alas). Oficinas Renfe-Fuencarral en Madrid (Abalos-Herreros). Acuario en Pontevedra (Portela). Palacio de Congresos en Salamanca (Navarro-Baldeweg). Pabellón de Servicios en Arganda-Madrid (Sancho Osinaga-Madrídejos). Oficinas Enresa en Madrid (Junquera-Pérez Pita). Museo de Santiago de Compostela (Siza Vieira).

Well-known critics William Buchanan and Peter Curtis, put together two lists of works and projects. One was of true marvels and the other, shorter, of horrors. A computer malfunction mixed the good and the bad, and at the close of this edition it was impossible to separate them. We have opted, then, for a suggestive joint publication.

The new residence of the architect in Palma de Mallorca (Utzon). The new IBM building in Madrid (Gayarre). CAM in the Canaries (Oiza). The unfinished KIO Towers in Madrid (Johnson-Burgee). The Hotel in Seville (Carvajal). The Hostalets Social Centre in Barcelona (Miralles-Pinós). The expansion of the Senate in Madrid (Gayarre-Ramos-García-Vereda). The Bank of Spain in Gerona (Clotet-Paricio). The Kursaal in San Sebastian (Moneo). The Spanish Embassy in Paris (Sota). Alcatel in Barcelona (Bernat-Canals). The Viaducto dwellings in Madrid (Cabrero-Riaño). The Fundación Miró in Palma de Mallorca (Moneo). The Comunidad Madrid Pavillion in Seville (Solans-Briaies-Del Amo). The Sports Palace in Barcelona (Isozaki). The Nueve de Octubre Bridge in Valencia (Calatrava). The Siena Project (Martorell-Bohigas-Mackay). The Torre Picasso in Madrid (Yamasaki-Alas). The Renfe-Fuencarral Offices in Madrid (Abalos-Herreros). The Acuario in Pontevedra (Portela). The Palacio de Congresos in Salamanca (Navarro-Baldeweg). The Pabellón de Servicios in Arganda-Madrid (Sancho Osinaga-Madrídejos). The Enresa Offices in Madrid (Junquera-Pérez Pita). The Museum of Santiago de Compostela (Siza-Vieira).

de la Providencia y su inmoralidad eficaz. El cliente es, cada vez, con mayor frecuencia y peores modales, la Administración del Estado de cosas.

Los gritos de terror de los marinos españoles destinados al golfo Pérsico, exigiendo la presencia de sus Madres y el cuidado y cariño de sus Familias, ha sido un espectáculo siniestro, pero sumamente instructivo. Ignoro, cuando se publique este artículo, si la península arábiga seguirá existiendo, pero sin duda las Madres y Familias habrán mordido un inmenso sector de las informaciones. Ningún humano habrá aparecido en tanto que humano singular, sino tan sólo en cuanto que Vástago o Leva.

El triunfal negocio inadvertido con el que nuestro simpático nazismo ha triturado a la población ya no tiene materia humana con la que cebarse. Los humanos de reserva, aquellos cuya edad o poder están por debajo del baremo socialista internacional (los llamados comercialmente “jóvenes” y más exactamente “ejército de reserva”) son, para la Administración del Estado, estiércol de una tierra que ya nunca dará pan. Tratar de remediar el estado de cosas mediante una “denuncia” o “protesta” trae consigo la ejecución inmediata en los medios de formación de masas, y el síndrome Jean D'Arc. Acudir al presidente del Gobierno con un examen de calidad media, firmado por un futuro técnico de la construcción del mundo, por un futuro técnico de la reparación del cuerpo humano, por un futuro técnico de la comunicación inmaterial, etc., y mostrarle las huellas de muerte que el escrito exhibe, intentar convencer al presidente del Gobierno que ese es el mayor y único problema, el más grave y urgente, mucho más que la oceánica riqueza de la tiranía bancaria, o la desenfadada irresponsabilidad del cuerpo episcopal, sería un suicidio. ¿Cómo presentarse ante un simbólico duque del estado de cosas para denunciar lo que a nosotros nos aterra? Ese es su éxito y su consuelo. Al duque del totalitarismo sonriente le aterrará, muy al contrario, que en los exámenes hubiera un ápice de responsabilidad intelectual, un ápice de saber propio. Una vez admitida como de buen tono y recomendable la ausencia de escritura y, por lo tanto, de razonamiento comunicable, tomada la irresponsabilidad general como adhesión al Régimen, ¿qué queda para limentar la vida

de un humano? En las agrupaciones casuales (también llamadas “diversiones”) los rostros festivos son la caricatura de una verdad celada por la piel que cubre la calavera. De ella sólo vemos dientes extendidos en una sonrisa ejecutora. Cada uno de los normalmente dos ojos suda un excremental delirio sobre la vida de los perros, la conservación de ríos y bosques, la inocencia de los niños seropositivos o la integración de las minorías. El pestilente discurso del sentimentalismo encubre un alma de harapos saciada de criminalidad hasta la noche, pero necesitada de nuevos cadáveres para el día siguiente. Los adictos al Régimen riegan flores en la terraza y sus hijos, los retoños de afilado colmillo, languidecen en sofás de cuero (750.000 ptas.) antes de convertirse en odaliscas motorizadas (1.600.000 ptas.). De sus comisuras gotea la sangre, pero aman a su padre y a su madre como aman la madriguera doméstico-auschwitziana o panteón familiar (38.000.000 ptas.) y las innumerables revistas ilustradas (450 ptas. por ejemplar, promedio), que la Madre deshoja por los pasillos y los salones como si fueran el óbolo de un olmo de otoño. Sinuosa y grasienta, hacia el baño, papeles de colores por el pasillo y los salones deja. Más tarde, en el supermercado, aulla que desea la Paz. Que lo que más desea es la Paz. Su marido, sin embargo, cree trabajar por la Paz. Ese canalla.

Nada queda para alimentar la vida de un humano, excepto el delirio. Este delirio inventa continuas escapatorias del campo de exterminio. Escapatorias alucinadas. El tránsito que arrastra su cadena por la kermesse criminal automovilística permanece preso de una doble cadena: su cautiverio y su sueño. Mira a su alrededor y ve precipitarse a las almas desde alturas construidas por ingenieros, arquitectos y urbanistas —sexto piso, vigésimo primer piso— y llegar al suelo, en donde su aplastado perfil es bebido por el asfalto con un gorgoteo de satisfacción. Así llueven almas a su alrededor, como granizo, y él va eligiendo su propio hueco de precipitación. El asfalto, sin embargo, es insaciable. A veces, todo hay que decirlo, el rayo muestra la esperanza meteorológica, y espesos animales miran con turbación hacia el cielo.

Why not start simply, discussing a minuscule problem? It is minuscule, but I stumble over it

every three months, year after year, and soon it will be ten years. I am part of the problem, I'm not hiding it.

I practice a wretched profession —no more wretched than others, no more wretched than a prison official's for example—, I am a teacher. My work takes place in a technical school where the students prepare for an amazing profession, they learn to build the habitation of our world. My students, once finished with their studies and duly documented, see to giving precise form to our way of living in the world. Usually they hardly reflect on the enormity of their duties, usually they are not conscious of the arrogance that their task implies. They cannot seriously think about their task because they would be paralyzed, and the State wants not thinkers but actors. With their studies finished and a diploma issued by the Administration of the State, my students devote all their energies to the construction of our earthly habitats. They raise walls of brick, or walls of glass, or walls of concrete, or walls of plastic, they cover with tile, with slate, with ultralight metals: they raise and pierce gigantic geometrical solids with stairways, elevators, windows, doors through which we will look at the world and greet the world. They make us live with or without a chimney, with or without a bidet, with or without hallways. The city grows by the composition of what they build, and in that city we lie, locked up, living our experience in a way neatly determined by what they have been capable of imagining. They have imagined a way of living in this world, they have built it, and we submit to it, be it with docility, be it with death in our souls. The construct is commented on later. The previous paragraph will seem excessive to many readers. “It's not true” —they will say— “that the habitation of the world is the other one of engineers, of architects, and of town planners, they are only obedient executors of the assignment fallen from a higher hierarchy”. And they go on, saying, “the engineers and the architects and the town planners do not make the habitation of the world, but confine themselves to earning money, that is, to putting into practice the clients' ideas in the best possible way. The clients are the ones who decide that the inhabited world has this form and only this one”. Those who think that way transfer responsibility to a higher and anonymous echelon that they usually call “the Market”. From this higher view, an abstract force of theological bent gives shape to the inhabited world. The power of money, in itself, gives shape to the world just as we

know it, with an implacable absence of spirit, since money lacks judgment.

It is, of course, consoling to project the responsibility and launch it toward the firmament, in such a way that it is God —since the Market cannot be considered to be more than a secularization of Providence— who is truly responsible for the construction of the world. Given that, how are we going to demand thought from the technicians, from the builders, if they are mere puppets moved by the fatality of divine unreason? In the humility, in the modesty of this extended judgment hides, once again, the Satanic arrogance of the irresponsible ones. The unknown and absurd God incarnates himself in some innocent subjects who confine themselves to following the Market's orders. No other than this was the legal excuse that exonerated the Nazi officials in Nuremberg: they only followed the order's of an intermediate, although no less criminal, deity.

If we had to isolate a single characteristic of our century's end, as we are asked to do here, this characteristic would be, in my view, the worldwide and massive conviction that we all "follow orders". No-one is responsible for his actions, nor even for himself, we are all "under orders", we all obey pyramidally without it being possible to locate the source from which the orders emanate. It has been that way, surely, in all past ages, but in ours it has a new component: it is an obedience without authority. The system of soft terror, of total irresponsibility, of systematic crime without an author, the system that was put to the proof by Hitler and Stalin, only in our day has achieved its solid and planetary establishment. We live, therefore, in an agreeable pleasant Nazism. The smiling and irresponsible society of crime.

Totalitarian irresponsibility extends from the minimum to the maximum. We know too well, and we resign ourselves to it, that surgeons kill, plumbers ruin, motorcyclists drive drunk, journalists lie, we teachers deceive, the food industry poisons, the police commit crimes, and so on until we have covered the whole professional circuit, without anyone being able to demand responsibilities, because he who demands responsibility would be, immediately, submitted to an examination of responsibility, and nobody wants to be responsible. The only ones who denounce, and a great deal, it is clear, are those who are responsible for the denunciation, the lawyers and prosecutors, but to exonerate the guilty. And nobody takes vengeance because he knows that he is dealing with irrespon-

sible people. The strategy is, therefore, to avoid harming the professionals, dodging them as on an obstacle course, since the worst that can happen is to the so-called "justice administration", an apparatus designed to distribute punishments and rewards in the most irresponsible way to those who least deserve the one and the other.

The large is also irresponsible. Governments do not make decisions, they obey the orders of the supranational organizations. There is no sovereign state that does not preach resignation; political measures are always "inevitable", that is, sent by Providence and respected. Ingenuous thought keeps pointing a finger at the symbolic-spectacular power of the moment (the United States for the

West, Japan for the East, South Africa for the South, still the U.S.S.R. for the North, Israel for the Middle), but these powers are so frightfully weak that they can hardly invade islands the size of Grenada or commercial territories like Panama: they are invasions that a company of medium size such as Nestlé could finance and carry out with fewer deaths and expenses. The brief and ineffective bombing of Libya demonstrated that the power of the United States is merely symbolic, just enough to frighten an operetta colonel who would by now have been a pickpocket in Trafalgar Square fifty years ago, when the powers could still do something. But even the governments of the powers "follow higher orders", those of the market, those

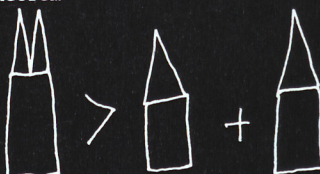
3 Masterpieces of late-twentieth-century design theory.

1. Rossi's Inequality, aka the Architectural Memory Theorem



The minimum meaningful architectural configuration is greater than and irreducible to its geometric constituents.

2. Hejduk's Inequality, aka the Architectural Poetry Theorem



The minimum poetic architectural configuration is greater than and irreducible to architectural memories.

3. Eisenman's Hypothesis aka the Architectural Calculus Theorem



Minimum geometric, mnemonic and poetic configurations are special cases of a generalized calculus of form.

De la portada de la revista *Assemblage*, 11, abril 1990. Esta "revista crítica de la arquitectura y la cultura del diseño" publicó en este mismo número, además de esta reflexión de Jeffrey Kipnis acerca de las "Tres obras maestras de la teoría proyectual de finales-del-siglo-XX", un artículo titulado "Nolo Contendere" por cuya publicación pagó el autor 150 dólares. Kipnis es profesor de la Escuela de Arquitectura de la *Ohio State University*. Su libro más reciente es *In the Manor of Nietzsche* y actualmente es socio de la firma losangelesina Shirdel, Zago and Kipnis, de la cual en el próximo número de *Arquitectura* publicaremos algunos proyectos recientes.

From the cover of the magazine *Assemblage*, no. 11, April, 1990. This "Critical Journal of Architecture and Design Culture" published in the same issue as this view by Jeffrey Kipnis of "Three masterpieces of late-twentieth-century design theory" an article entitled "Nolo contendere", for which the author paid the sum of \$150.00 Kipnis is a professor at the School of Architecture of Ohio State University. His most recent book is *In the Manor of Nietzsche* and he is currently a partner of the Los Angeles firm Shirdel, Zago and Kipnis, of which the next issue of *Arquitectura* will publish several recent projects.

of public opinion, those of the international situation, all, once again, men of Providence without determinable content. The immense economic effort that the war in Iraq is costing is supremely illuminating of the entire world, it attacks an underdeveloped country. Perhaps we have forgotten how long the invasion of Europe by the Reich lasted, less than fifty years ago? Are the powers comparable?

Totalizing irresponsibility, as an effect of pleasant Nazism, demands not only a theological source of orders but also destruction of all knowledge. Pleasant Nazism systematically destroys knowledge, progressively substituting for it its degenerate imitation, so-called "information". To possess a great deal of information it is necessary to know absolutely nothing. Informed persons are, in essence, ignorant. The mechanisms of information are, in essence, ignorant. The information media are, in essence, ignorant. As Garcia Calvo has repeated so many times, the information media are media of mass training and possess the only effectiveness in an ineffective world. Once more the Iraq war is a privileged example; speeches of military propaganda were, fifty years ago, of the patriotic demented order, today they are sportive and aesthetic.

The mob, that is, the mass with strong economic power, lives ignorant, in the atmosphere of pleasant Nazism. The world inhabited as domesticity of the smiling Nazi mob is our own, since it will be difficult for those excluded from the barbarism of the rich to read these pages. A world of irresponsible people from whom it only requires adherence to the Regime. The Nazi mob must be grateful for the publicity that crushes thought, it must entertain itself with the spectacle of criminality, it must arouse itself with leveled pornography, it must spend money on armaments (of sport, automobiles, clothing, and real estate) and must maintain a constant imbecilic festivity. It must foment with its adherence the activity of the smilingly totalitarian institutions (banks, industries, businesses, mass spectacles), it must religiously reject anything that implies coolness toward the Regime (assuming personal responsibilities, undertaking intellectual efforts, exercising impartiality of judgment, attacking the industrial, financial, or spectacular apparatus, etc.) If the adherence of the wealthy mob is sufficiently forceful, its wealth will be guaranteed by the State. Wealth menas: possession of the indispensable hard cash to survive the buying orders dictated by the Market.

It is already time to return to the minuscule problem with which I began this modest summary of the state of things that I have been asked for. I give my classes in a technical school. The intellectual capacity of my students is not different—neither greater nor less—from that of so many hundreds of thousands of students parked for decades in other university schools and faculties for molding. But my students do not know how to write. They decorate their examinations with a delirious spelling. And the breathing of reasoning is agonizing. They don't know it, but their examinations are in the mental state of second childhood, before high school destroyed their spontaneity. I have verified with some colleagues in the educational forces that this is how things are in each and every one of the faculties and schools for molding. There is hardly any difference with the examinations that some supervised groups, like the gypsies, the Moors, the petty delinquents of the slums, etc., take under proctoring.

My students are similar to all students of the state of things. All students means youth. Youth is synonymous with: the power of tomorrow. The power of tomorrow, the action over the world of tomorrow is solid and festively primitive. It lacks knowledge and reasoning ability. Its mental age is very low, but its moral age sinks in the asphyxiating swamp of the cloistered convents, there where old sexagenarian nuns, subject to a happy delusion, act as the Baby Jesus in an asexual symbiosis with a paralyzing Mother. The Baby Jesus is the illusion of the young professional on the brink of marriage and his sentimental craziness, the paralyzing Mother is the client fallen like a crazy egg of Providence and its effective immorality. The client is, more and more, with greater frequency and worse manners, the Administration of the State of things.

The cries of terror of the Spanish sailors sent to the Persian Gulf, demanding the presence of their Mothers and the care and affection of their Families, has been a sinister spectacle, but highly instructive. I do not know, at the time of this article's publication, if the Arabian peninsula will continue existing, but without a doubt the Mothers and Families will have bitten off an immense sector of information. No human being will have appeared as a singular human, but only as Offspring or Recruit.

The triumphant unnoticed business with which our pleasant Nazism has crushed the population already does not have human material with which

to fatten itself. The reserve humans, those whose age or power is below the international socialist measure (the commercially named "yong people" and more exactly "reserve army") are, for the Administration of the State, manure from a land that will never give bread again. To try to remedy the state of things by means of a "denunciation" or "protest" brings with it immediate execution in the media of mass training, and the Joan of Arc syndrome. To go to the president of the Government with an examination of average quality, signed by a future specialist in the construction of the world, by a future specialist in the repair of the human body, by a future specialist in immaterial communication, etc., and to show him the footprints of death that the written work exhibits, to try to convince the president of the Government that is the greatest and only problem, the gravest and most urgent, much more than the oceanic wealth of the banking tyranny, or the carefree irresponsibility of the episcopal body, would be suicide. How to present oneself before a symbolic duke of the state of things to denounce what terrifies us? That is his success and his consolation. It would terrify the duke of smiling totalitarianism, very much to the contrary, if in the examinations there were an iota of intellectual responsibility, an iota of knowledge of one's own.

Once the absence of writing and, therefore, of communicable reasoning, is admitted as fashionable and recommendable, once general irresponsibility is taken as adherence to the Regime, what remains to feed the life of a human being? In casual gatherings (also called "entertainments") the festive faces are the caricature of a truth concealed by the skin that covers the skull. Of it we only see teeth extended in an executing smile. Each one of the normally two eyes sweat an excremental delirium about the life of dogs, the preservation of rivers and woods, the innocence of seropositive children, or the integration of minorities. The pestilent discourse of feeling hides a soul of rags satiated with criminality until night, but needing new corpses for the next day. Those addicted to the Regime water flowers on the terrace, and their children, the sprouts with sharp fangs, languish on leather couches (750.000 pesetas) before turning into motorized odalisques (1,600,000 pesetas). From the corners of their mouths blood drips, but they love their father and their mother as they love the domestic-Auschwitzian den or family pantheon (38,000,000 pesetas) and the innumerable illustrated magazines

(450 pesetas per issue, on average), that the Mother rips the pages from in the hallways and the living rooms as if they were the gift of an autumn elm. Sinuous and greasy, going toward the bath, she leaves colored papers in the hallways and the living rooms. Later, in the supermarket, she howls that she wants Peace. That what she most wants is Peace. Her husband, nevertheless, believes he works for Peace. That swine.

Nothing remains to feed the life of a human being, except for delirium. This delirium invents continuous flights from the extermination camp. Hallucinated flights. The deserter who pulls his chain through the criminal automobile festival stays prisoner of a double chain: his captivity and his dream. He looks around him and sees souls throw themselves from heights built by engineers, architects, and town planners —sixth floor, twenty-first floor— and reach the ground, where their flattened profile is drunk by the asphalt with a gurgle of satisfaction. Thus rain souls around him, like hail, and he chooses his own space of precipitation. The asphalt, however, is insatiable. At times, one must admit, the lightning bolt shows meteorological hope, and thick animals look with alarm toward the sky.

Morar/Morada

Abide/Abode

ARTHUR C. DANTO

De la revista *Harper's*, vol. 282, núm. 1690, marzo 1991. Esta revista neoyorquina publicó este ensayo en la sección "Readings". "Readings" es el original de donde surgió esta copia que es la sección **Reimpresión** de nuestra revista, *Arquitectura*. *Harper's* había extraído este texto de Arthur Danto del libro editado por Lisa Taylor *Housing: Symbol, Structure, Site* [Vivienda: símbolo, estructura, lugar] que es una colección de ensayos ilustrados publicados por el Museo Cooper-Hewitt de Nueva York. Danto es profesor de Filosofía en la Universidad de Columbia. Traducido por Luis Feduchi.

From *Harper's magazine*, vol. 282, no. 1690, march 1991. This *New York magazine* published this essay in its "Readings" section. "Readings" is the original version of the section entitled **Reprint** of our magazine, *Arquitectura*. *Harper's* had taken this text by Arthur Danto from the book edited by Lisa Taylor *Housing: Symbol, Structure, Site*, which is a collection of illustrated essays published by the Cooper-Hewitt Museum of New York. Danto is professor of Philosophy at Columbia University.

De acuerdo con el relato bíblico, fue la vergüenza lo que motivó a Adán y Eva a cubrirse cuando tuvieron conciencia de su condición de pecadores. Así, al principio, la ropa no fue tanto un problema de cómo protegerse del sol y del frío sino la expresión

de una intuición moral en el lenguaje del vestir. Según este criterio se podría suponer que la casa como forma de cubrición —es decir, como techo— habría sido un símbolo espontáneo de diferenciación respecto de los ángeles, la segunda señal de nuestra profunda humanidad.

Al dibujar una casa, como primera cosa que se dibuja, o casi primera, los niños expresan una comprensión innata de su condición humana. En una obra de arte en la que aparece una casa apareceremos *nosotros* en nuestra condición principal de habitantes. Es nuestro símbolo principal y cualquier otro de nuestros símbolos deriva de éste.

Hegel vio la casa como el producto artístico primario del intelecto humano ya que su forma no tiene un modelo directo en la naturaleza. Por lo tanto, difiere de la escultura, la cual toma forma inicialmente partiendo de los objetos naturales, y en especial del cuerpo humano. Así, como producto espiritual, la casa inevitablemente exterioriza, da cuerpo a nuestra realidad interna y, más específicamente, a nuestra naturaleza racional.

En un sentido de la palabra, la casa es un lugar de gobierno, tal es el caso del Parlamento y del Congreso de los diputados.* Y a su vez, las familias que gobiernan son denominadas sinécdoticamente "casa", tal es el caso de la Casa de Hanover o la de Orange. En relación con este significado está la familia de términos ingleses referidos originalmente a la palabra latina *domus* *domicile*, *domesticate*, *dominate*, *dominion*, *domain*, (*con*)*dominium*, *domineer*,** a través de éstos la casa nos habla como símbolo de gobierno, propiedad, magisterio, poder.

Habitar según esta interpretación es, en efecto, haber conquistado, haber hecho del mundo algo propio y, por ende, tener los derechos y privilegios que los títulos referidos a *domus* —*Don*, *Doña*, *Dame*, *Madame*— portan a modo de insignias. Aquello que es indómito es literalmente aquello que no podemos introducir en nuestra casa; indomable, salvaje, indisciplinado, indomesticable. Sólo tener casa es poseer una autoridad simbólica (antiguamente, bajo otro sistema de gobierno, tener voz o voto), y la casa es la materialización de nuestra capacidad de dominar.

Una casa, como entidad arquitectónica, ejemplifica la filosofía impartida por el concepto

de *domus*. Una casa debe permanecer en pie (una casa enfrentada a sí misma acaba cayéndose), y la línea recta, el plano de superficie y el ángulo recto implican la existencia de una regla en ambos sentidos del término. La casa comunica la siguiente proposición; estoy en pie, estoy recta, soy racional, soy orden. Estas proposiciones se transmiten a través del vocabulario de columnas y vigas, las cuales deben ser respectivamente plomada y nivel para "dar cobijo" al pensamiento que les adscribimos. Sin embargo estas mismas proposiciones no tienen nada que ver con los muros, que pertenecen al lenguaje del cercar y nos conectan con otro rango de significados pertenecientes al concepto de casa —significados que poco tienen que ver con dominar sino, por contra, con nuestra esencial debilidad como seres necesitados de refugio contra el salvaje mundo ajeno—.

Como palabra, *house* nos transporta a los oscuros bosques de Germania a diferencia de *domus*, a través de la cual el orden y la civilización son definidos en las soleadas penínsulas del Mediterráneo. En inglés antiguo, *hus* significa, exactamente, refugio. Es análogo de *hydan* —esconder, encerrar, cubrir— y se expande hacia tales términos modernos como *hut*, *huddle* y *hoard* y, a través de su primera sílaba, hacia *hus-band**** —*house-bound*, atado a una vivienda como condición de supervivencia****—. Es ésta la parte frágil amenazada, expuesta, de nuestra propia imagen como habitantes; seres que necesitan protección; un lugar hacia el que arrastrarse, ya sea agujero o cueva. Nuestros muros anuncian nuestra vulnerabilidad.

La idea de hogar, como lugar donde los bienes se almacenan y esposan, está ya inscrita en la casa como *hus*, donde la racionalidad tiene una implicación menos de orden y regla que de sentido común, economía, frugalidad, moderación, ya que, ¿quién sabe lo que el futuro nos deparará o qué necesidades habremos de afrontar? La casa como hogar, es el lugar de la comodidad y la seguridad donde podemos bajar la guardia. Contrasta con el mundo selvático de depredadores y salvajes de "ahí fuera", e implícitamente caracteriza el mundo como precariedad.

Resulta instructivo, a la luz de este símbolo, considerar el templo como el lugar donde el dios habita. Dios, como *dominus* que es,